CAPITULO IX

OTROS PELIGROS DE QUE PRECAVERSE A LA JUVENTUD.

Cómo debe vigilarse á los sirvientes. — De qué manera á los extraños.—Cómo se debe defenderla de las malas compañías. — Amistades particulares. — Que los cuadros, estatuas, etc., etc., sean decentes.

I

A los peligros, hasta aquí enumerados, no es difícil poner algún remedio, siempre que eficazmente se quiera. Mayores vienen á la inocencia de vuestros hijos, de parte de los extraños, de quienes es más difícil alejarlos. Hablo de los criados, de los amigos íntimos de la casa, y de los compañeros de la infancia.

En muchas familias, sobre todo de las de más elevada categoría, los niños pasan sus primeros años entregados á recamareras y sirvientes: ¡Dios y los ángeles se los deparen buenos! porque de otra manera, su ruina es indefectible, y sin embargo, ¡cuán difícil es encontrarlos buenos! Unos son aun demasiado jó-

venes y tienen pasiones muy ardientes: otros carecen de sentimientos religiosos, ó los tienen muy debilitados, y por lo mismo les falta el temor divino, que no puede provenir más que de la Religión. De aquí que sean libres en sus palabras, en sus gestos, en sus movimientos y en todas sus acciones. ¡Cuán fácil es que digan lo que no deben decir, que hagan lo que no deben hacer en presencia de los niños, escandalizando así á esa edad, á la que basta muchas veces una palabrita para producir en ella un gran incendio. Más tarde, si llega el caso de que de un joven ó de una niña se apodere una pasión, ¡oh, entonces, cuán abiertos conviene tener los ojos!, pues aun prescindiendo de que con frecuencia las sirvientas son las primeras en fomentar sus amorcillos, en encenderlos y ayudarlos, es lo cierto, que las cartas, embajadas y obsequios nunca vienen mejor que por su conducto. En esto están de acuerdo los camaristas, lacayos, y los criados en general con las amas de llaves y recamareras, y si alguna intriga se ha de formar, raro será que una de las sirvientas antiguas de la casa no sea su encubridora.

Todos, en efecto, se mueven á piedad y compasión de la pobre juventud y voluntariamente se prestan á substraerla de la tiranía de los padres. ¿Qué hacer, pues, me direis? Tenemos **absoluta necesidad de su trabajo.** Cierto, ciertísimo, mas antes de recibirlos, abrid los ojos para ver á quién metéis en casa; advertidles que sean con los niños muy circunspectos, porque no toleraréis nada en ellos

que sea inconveniente; después de esto, no confíeis en ellos ciegamente, sino al contrario, vigiladlos, sorprendedlos, no les dejéis á los niños con un completo abandono y los oficios maternales que á ninguna otra persona, ó solamente á vosotros correspondan, ó no los encomendéis á ninguna otra persona, ó solamente á aquellos de quienes por larga experiencia podáis fiaros por completo y cuando, finalmente, os déis cuenta de su poca discreción ó de su infidelidad en negocio tan grave, como es el de las buenas costumbres, arrojadles resueltamente de vuestra casa.

II

El riesgo que los hijos corren con los sirvientes, lo pueden correr también con los vecinos y con los antiguos amigos de la casa. De estos íntimos de la familia, hay algunos que han tomado posesión de la casa á tal grado, que casi no pasa día sin que la visiten; en otras, se reunen en épocas determinadas para formar agradables tertulias. Pues bien; de todos éstos, si no son los que deben ser, puede venir, á los jóvenes no leve daño. En efecto, ¿qué precauciones se toman hoy en la conversación? No son solamente discursos mundanos, amoríos y aventuras los que hoy se tratan por la generalidad, sino que con frecuencia intervienen feos equívocos, chanzas indecentes, **libertades indebidas** y desvergonzadas picardías, los cuales se repiten sin miramiento alguno y no vale amonestarles que respeten á la juventud, pues muchas veces no se contienen, excusán-

dose con alegar que los jóvenes, ó no se fijan en lo que se dice, ó no lo comprenden. ¡Desgraciados! no advierten que los niños fingen tomarlo á juego y sin malicia y hallarse distraídos, siendo así que todo lo ven, todo lo observan, todo lo escuchan, sin que nada se les escape y que después vuelven sobre aquella idea y cavilando y batallando consigo mismos, buscan lo que no deben y hacen de ello materia de conversación con sus compañeros, hasta que han desentrañado su significado. ¿Y tolerarán los padres y madres cristianos que en su presencia sean sus propios hijos asesinados? pues entre estos disolutos hay algunos que no se contentan nada más con las palabras, sino que, pasando á juegos de manos, están continuamente acariciando á los niños, retozando con ellos sin miramientos ni delicadezas. ¿Será bueno que un tierno niño se entregue á tales familiaridades? Será conveniente que á una jovencita se la enseñe á jugar libremente y retozar con los hombres? ¿No equivaldrá esto á ponerla en el camino de la liviandad y de la licencia y á hacerla perder el horror que debiera tener á la familiaridad y á la confianza? Mucho se ha hablado en contra de nuestros mayores, porque confinaban á los niños en las más apartadas piezas de la casa, confiándolos á la discreción de criadas y dueñas; pero ¿no se podrá decir mucho peor de nosotros, que los exponemos á todos los peligros y riesgos de nuestra corrompida sociedad? Una flor delicada languidece, si no la refrescan las suaves auras primaverales; pero también se marchita bajo los ardores de la canícula.

Las mismas precauciones deben tenerse igualmente para no dejar á los niños, y mucho menos á las niñas, de visita en casa de los vecinos, ni veranear con los parientes, ni pasearse con los amigos. San Jerónimo no quería que una niña se separase nunca, ni un paso, de su madre. **Nunquam absque te procedat impublicum. (1) "Pero son personas muy conocidas;"** ya, pero ¿se conocen á fondo, se conocen todas, se conocen también las principales? ¡Cuántas veces ha sucedido que quien no ha podido penetrar por la puerta de la casa, encontró después abierta de par en par la de los vecinos! Entonces se grita traición, cuando lo mejor habría sido no haber confiado tanto.

III

Después de que los hayáis salvado de los mayores de edad, poned especial estudio en cuidarlos también de la compañía de los iguales. La infancia ansía sobremanera los juegos y diversiones y para ellos prefiere á los de su edad. De aquí proviene ese compañerismo, esa facilidad para hacerse amigos, esa familiaridad que tan pronto se establece entre los niños. ¡Pluguiese á Dios, empero, que de esos juegos saliesen siempre inocentes! Mas lo cierto es, que este es el más temible de los peligros que pueden correr, pues basta que entre muchos se encuentre uno solo que desgraciadamente haya abierto ya los ojos, para echar á perder á los demás y ese único inficionado, si

(1) San Gerónimo, ad. Loet. cap. VII.

se halla en alguna reunión, será milagro que no diga todo lo que para su mal ha aprendido. De aquí ese libertinaje tan precoz, que deploramos en el mundo; de aquí el no saber cómo desaparece de tantas almas la inocencia, sin causa conocida. Los niños participan á los compañeros de su veneno, las jovencitas lo hacen con las suyas, y esto pasa en las clases ínfimas de la sociedad, entre aquellos desgraciados abandonados en la vía pública; pasa también en las clases elevadas, ya que es ocasión de trato recíproco, y es esto tan cierto, que la experiencia tiene demostrado; que por ningún otro camino se pierde de ordinario la inocencia más que por este. Calculad, pues, la precaución y el empeño que deben emplear los padres, verdaderamente amantes de sus hijos, para cerrar la entrada á un torrente que puede causar tamaños estragos. No permitáis, pues, que vuestros hijos se entretengan, si no es con sus iguales, siempre que os sean bien conocidos y aún así, á vuestra vista, debiendo ser enérgicamente rechazados los que no gocen de vuestra confianza. Y excusadme que os sugiera aquí la necesidad de una atención muy particular respecto de las temporadas campestres. Los jóvenes que de buen grado se divierten con sus iguales, no es raro que contraigan relaciones con los hijos de los demás, por no tener otros compañeros de su clase. Ahora bien: no cabe duda que entre ellos hay todavía muchos buenos, cuya amistad, por consiguiente, no tiene peligro; pero es preciso saber también que la inocencia y la sencillez de los campos se encuentra, más en las poesías de los Arcades, que en la

misera naturaleza humana. Hasta el campo han llegado el mal lenguaje y las malas costumbres, por lo cual os convendrá abrir mucho los ojos, no dejando que vuestros hijos alternen sino con aquellos de quienes tengáis absoluta seguridad. No es esto altivez, como alguno quizá podría creer, sino un justo cuidado de aquella edad en que la inocencia puede perderse con tanta facilidad. La misma prudencia debe observarse respecto de esas reuniones nocturnas en los jardines, que se acostumbran para divertirse y en las que se encuentran muchos niños y niñas. Ellos van con mucho gusto, por la ilusión de reunirse con otros muchachos; pero toca á vosotros ver si no hay en esto peligro para sus almas y desde que lo haya prohibir resueltamente á las cuidadoras de esos niños el llevarlos á tales fiestas. "Pero," me diréis, "son amigos de la casa; son vecinos y parecería una dureza y una afrenta el alejarlos de ellas." Basta ya; aun cuando fuesen parientes, y parientes muy cercanos, deberían ser arrojados cuando su conversación pudiese poner en peligro aquellas almas inocentes, ya que, en último término, y haciendo punto omiso de todas las demás razones, vale más ofender á los hombres, que enemistarse con Aquel que nos ha dado parientes y amigos, y es mejor procurar para los hijos y conservarles la gracia santificante, que todos los favores y toda la protección del mundo.

IV.

Estas precauciones, necesarias en todo tiempo, lo son más todavía cuando advirtáis que los niños han contraído amistades más particulares y más íntimas. Podrá suceder, en verdad, que no sean otra cosa que simple conformidad de caracteres, mera simpatía de afectos inocentes. No obstante, se han de multiplicar aquellas por dos razones; la primera, porque no es enteramente cierto que no haya en ellas, y con mucho, algo humano, y serían muy candorosos los padres que tuvieran escrúpulos en sospechar á tiempo un mal de que han debido preservar á sus hijos; y segunda, porque lo que no existe en un principio, puede venir con el uso y con la familiaridad del trato. Aún después de una aurora bellísima, se entolda el firmamento y descarga sobre la tierra, repentina lluvia y estrepitosa granizada.

Pero mayores deben ser, cuando tales familiaridades las tuviesen personas de diferente sexo. En ese caso, es preciso con todo empeño, si bien con el mayor disimulo, romper y prohibir esa intimidad, por muy inocente que se quiera suponerla, pues la experiencia enseña que muchas veces estos pueriles caprichos, son el germen de pasiones que más tarde, levantando flama, se convierten en grandes incendios.

V

Finalmente, después de haber preservado su inocencia de los lazos con que algunos, por medio de palabras, se ingenian para pervertir á vuestros hijos, no os olvidéis de algunos otros enemigos tácitos de la honestidad, como son las pinturas, las estatuas, los grabados que son ya tan comunes en las familias cristia-

nas. Difícil es, para quien no conoce á la juventud, imaginar la eficacia que para seducir tienen tales objetos. Los padres que, por razón de su edad y de su mismo estado, no la experimentan para ellos tan nociva, no temen el peligro como convendría, y lo juzgan una nadería; pero si los hijos pudieran replicar: "es perjudicial para mí," hablarían con exactitud, pues se hallan en una condición de vida muy diversa, y el que por un momento penetrase hasta el fondo de esa tierna edad, vería quizá feos fantasmas, curiosidades peligrosas, pensamientos inconvenientes, levantándose en abundancia, y al lado de ellos pasiones indignas que se inflaman y corazones ardientes que arden en un fuego, hasta entonces desconocido. Retirad, pues, por piedad de en torno vuestro Gracias, Ninfas, Estaciones, Cleopatras y Adonis, y si es preciso hasta Magdalenas que no sean penitentes: y más que de vosotros, apartadlas de la vista de vuestros hijos. si deseais vivamente que con ellas no se envenenen.

Un nuevo incentivo de corrupción ha venido á añadirse á los anteriores, y consiste en las fotografías. En ciertas casas de comercio que tienen este ramo, existen colecciones que abrazan todo cuanto el demonio podía discurrir para perder á las almas. Algunos mercaderes ambulantes las llevan también consigo, ofreciéndolas á los estudiantes, quienes las compran y regalan á sus compañeros, hartándose de ellas unos y otros con daño irreparable de todos; de lo cual se deduce la vigilancia muy particular que se

requiere en los padres, acerca de este punto. (1)

Respecto de los cuadros y grabados, **"son obras de arte,** dicen algunos, **que revelan un buen pincel y una mano hábil y valiente;"** excusa que generalmente se alega: mas la fe responde: que de mejor mano y de más digno artífice son obra las almas, hechas á imagen y semejanza de Dios y no es justo que se las haga sufrir un daño y se las deforme por consideración á las primeras. **"Mas si por fin de cuentas,** replican otros, **tienen por fuerza que conocer el mundo ¿á qué vienen tantos temores?** Pero es que también, os contestaré yo, será preciso que algún día mueran vuestros hijos, ¿por qué, pues, no echáis mano de un cuchillo y los degolláis? Y morirán sin duda también, por las leyes inexorables de la naturaleza y también, por éstas, conocerán el mundo á su tiempo, sin que debáis por ello exponerlos á una ruina segura. Y al cerrar aquí la serie de precauciones que os he indicado, como necesarias para conservar la inocncia de vuestros hijos, me ocurre que á más de uno podría yo parecer poco menos que escrupuloso; ¿qué queréis sin embargo que os diga? Yo os contes-

---

(1) Entre nosotros es bien sabida la abominable costumbre, de introducir esas fotografías en las envolturas de las cajetillas de cigarros, llevando así á los jóvenes y aun á muchos niños, que tienen el hábito repugnante de fumar, de una manera no menos criminal que cobarde, el germen de la corrupción más asquerosa. —N. del T.

taré: que tratándose de la gracia santificante, bien inestimable; de la pureza virginal, joya de inmenso valor, y por consiguiente, de la salvación de las almas, del honor de la Iglesia y de la gloria de Jesucristo, no hay precaución superflua. Por lo demás, para desengañar á quien no quiera acabar de entenderlo, os recordaré lo que advertía un escritor de gran experiencia, á saber: que á pesar de todos estos cuidados, podéis todavía ser engañados: que se ha dado el caso frecuente de que, mientras muchos están creyendo en la inocencia de un niño, mientras proclaman y ensalzan por doquiera, mientras se cierran los ojos á todos los indicios, que á tiempo podrían hacer sospechar útilmente su perdición, ese infeliz es ya una sentina de todos los vicios, y tal vez ha contraído los hábitos perversos que llevará consigo hasta la tumba. ¡Haga el buen Jesús, por cuyo amor escribo estas líneas, que resulte yo en esto un profeta eternamente engañado!

CAPITULO X.

PASIONES DE LOS JOVENES Y NECESIDAD DE DOMARLAS.

Otras pasiones de la juventud.—Oficio de la educación, que es domar las pasiones.—Cómo y por qué se descuida este deber.—Manera práctica de combatir las pasiones.—Continúa el mismo asunto.—Daños que resultan de no domarlas.

I

Basta ya de estos puntos, tan esenciales, como son el de debilitar el amor de los placeres y el de promover la santa pureza en los hijos. Lugar sería de señalar todas las demás pasiones que esclavizan más duramente á la juventud y asignar á cada una algún remedio particular; pero, además de ser este un trabajo dilatadísimo, resultaría también bastante difícil definirlas todas y dividirlas en sus varios grados y en las diferencias que revisten, según la variedad de caracteres de cada una. Intentaré, por tanto, presentaros algunas armas que, manejadas por vuestra prudencia, puedan ser-